

Victoria Ocampo: extranjería y giro sudamericano



María Rosa Lojo

Palabras francesas

Victoria Ocampo (1890-1979), viajera políglota (y bilingüe en francés-español), nacida en plena "era victoriana" rioplatense, en el núcleo del patriciado criollo, siente de entrada las limitaciones impuestas, por su condición de género, a su deseo de independencia, así como la "minusvalía" de carecer de educación académica, y sobre todo, la de pertenecer a un país que no se percibía a sí mismo —al menos desde la óptica de las élites socioeconómicas— como verdadero creador de cultura, sino antes bien como consumidor de la alta cultura europea, y hablante de una lengua (el español) considerada rústica y deficiente.²

Para Ocampo el francés es mucho más que la lengua culta de referencia. Es la lengua de los afectos, de la memoria, de la profunda intimidad, en la que ha sido educada desde la primera infancia. Escribe en francés, por tanto, pero lo hace con mentalidad, intención y vivencias, por supuesto, sudamericanas: "Lo que escribo en francés no es francés, en

cierto sentido, respecto al espíritu. Y sin embargo —he aquí el drama—, siento que nunca vendrán espontáneamente en mi ayuda las palabras españolas, precisamente cuando yo esté emocionada, precisamente cuando las necesito. Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quéirlo o no, porque ése es el lugar en que mi alma se ha acimatado." (Ocampo 1981, 25).

Niña de fortuna en un país nuevo y rico, Ocampo se siente sin embargo despojada culturalmente. La lengua de su tierra de nacimiento le parece excluida de la capacidad de pensar, casi un sonido inhumano ("un género especial de mugidos", 27) o una jerga instrumental, apenas útil para las inmediatas rutinas de la vida diaria.³ La Argentina se le ocurre (adelantándose así a Héctor A. Murano) un espacio de intemperie cuyos habitantes (los de la clase dirigente, al menos) son verdaderos "europeos transplantados". Las señoras de su clase social, ocupadas en tener hijos, ir a la iglesia y hacer y recibir visitas (además de alguna eventual

habilidad artística exhibida sólo puertas adentro), muy lejanas de las damas de fuerte opinión privada y pública que rodearon a su antepasada literaria Eduarda Mansilla, no constituyen precisamente un modelo para esta joven que no sabe dónde y cómo volcar sus grandes energías.

Ocampo comienza a ver otros modelos posibles en otros territorios. Toma conciencia de que el español puede ser una lengua del pensamiento y una lengua literaria, gracias al conocimiento de Ortega y Gasset, que no era justamente un filósofo feminista, pero tenía una virtud que las argentinas le agradecieron en especial. Como señalaba María Rosa Oliver, fue el primero que se molestó en hablarles como a seres inteligentes. Victoria se lanza así a la conquista de un español flexible, aunque cree que este idioma "no le será nunca dócil" (31). De cualquier manera, su escritura mantendrá siempre las marcas del francés y de otras lenguas que le son queridas, como el italiano (declaro para ella a través de Dante, sobre el que escribió su primer ensayo) y el inglés. Abundan en sus textos los llamados "barbarismos" (la lengua del extranjero, aunque éste no fuera precisamente el "bárbaro" para los argentinos de su clase) y las citas literarias en otras lenguas. Paradójicamente, se sitúa así en el centro de una tradición muy argentina. No de otro modo escribieron los hermanos Mansilla, Luca y Eduarda, con la diferencia de que ellos sí sentían el castellano como su lengua consuetudinaria.⁴ El estilo de Ocampo es tan conversacional y tan digresivo como el del autor de las *Caucerías*.

Esa Francia, a cuya lengua tanto debe, no le proporcionará sin embargo un modelo de escritura con el cual identificarse en sus años de formación. Naturalmente, no podía pensar en sus inmediatas antecesoras: las argentinas decimonónicas. Estaban del todo olvidadas, salvo como rareza, y en tal calidad exhumará sus obras Ricardo Rojas, en el tomo *Los Modernos* (1922) de su *Historia de la literatura argentina*. Su búsqueda de referentes femeninos en la literatura desembocaría primero en una escritora de Francia, la condesa de Noailles. Pero le desilusionan profundamente sus opiniones con respecto a las posibilidades generales del sexo femenino: "La actitud de algunas mujeres singulares, como Anna de Noailles, que se pasan al campo de los hombres aceptando que éstos las traten de excepciones y les concedan una situación privilegiada, siempre me ha

repugnado." (Ocampo 1982, 107). Estas palabras se las dirige, en 1934, a otra escritora extranjera, en la que sí encuentra un verdadero paradigma, estético e ideológico, y a la que dedica un libro. Como Virginia Woolf, Victoria Ocampo busca su cuarto propio, y su escritura no disfraza su sexo ni reniega de él: "Mi única ambición —dice entonces— es llegar a escribir un día, más o menos bien, más o menos mal, pero como una mujer" (104), sin considerarse por eso inferior a los hombres escritores.⁵

La relación con un intelectual y artista de las antípodas: Rabindranath Tagore (1861-1941), marcará, paradójicamente, su primer paso hacia la revelación (y la aceptación) de sí misma como mujer de la periferia sudamericana.

Entrar al Sur por la puerta de la India. Las enseñanzas de Tagore

Tagore, ya Premio Nobel en la época de su llegada a la Argentina (1924), fue en realidad un visitante involuntario. Se dirigía al Perú, invitado por el gobierno con ocasión de festejos patrióticos, y el Río de la Plata era solamente una escala del viaje. Pero había contraído gripe durante la travesía, y al llegar a la Argentina las eminencias médicas que lo asistieron en el Hotel Plaza le aconsejaron desistir del periplo peruano, porque el cruce de los Andes podía perjudicar su corazón debilitado. Victoria Ocampo, devota de su obra de Tagore desde diez años atrás, se apresura a ofrecerle la posibilidad de una temporada de descanso, en las afueras de la capital. Es una mujer rica, pero entonces no del todo independiente. Sus padres no le permiten hospedar al poeta en Villa Ocampo, la quinta familiar de San Isidro, en el conurbano bonaerense. Victoria pide primero prestada a una prima una quinta cercana, llamada "Miraflores" y luego, cuando la estadía del huésped se va prolongando, malvende una hora de brillantes para poder pagar el alquiler de la propiedad durante el tiempo que fuere necesario. De modo que si bien ella no toma parte en traerlo al país, lo acapara luego con hospitalidad espléndida, y comienza —sin saberlo aún— su futura carrera de mecenas.

Entre nosotros, Tagore es recibido con gran expectativa. Tiene muchas lecciones, a través de las traducciones francesas e inglesas, en las casas altas, y de las traducciones españolas debidas a Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, en un público más

extenso. Su barba blanca, su aspecto de santón, su belleza física combinada con un porte dulce y venerable (las mismas crónicas de los diarios, no sólo los recuerdos de Victoria Ocampo, la resaltan), revisten todas las seducciones de la lejanía: lo exótico, y también lo trascendente. No menos exótica le resulta a él la Argentina misma, además de inesperada. Si algo ha imaginado antes de tocar la costa del Plata, es el país declamatorio y pastoril de William Henry Hudson, cuyos libros ha leído con placer e interés. La ciudad populosa, y suntuosa por sectores, con automóviles, edificios altos, y una creciente pretensión de modernidad, no se parece a la "gran aldea", que en la época evocada por Hudson (el gobierno rosista) todavía duerme la siesta colonial y criolla.

No es mucho lo que el poeta llega a conocer de Buenos Aires. En la capital, la zona palaciega y arbolada de Plaza San Martín; los jardines de Palermo, por donde lo pasean; las casas elegantes que rivalizan entre sí por tenerlo de comensal. En las afueras, las quintas de San Isidro; el jardín florido de la primavera en Miraflores, la inmensa corriente leonada del Plata que ve continuamente desde su balcón; los pájaros, cuyo vuelo sigue, munido de binoculares.⁷ Lo que tiene a su disposición, sin embargo, no concuerda con sus más profundos intereses, y en ese terreno, Victoria y él irán de disenso en disenso.

El bengalí célebre volverá a Europa sin poder llevarse memoria alguna de lo que ha venido a buscar en América del Sur: el pasado precolombino (por eso se había entusiasmado con el viaje a Perú), lo que él considera como específico hispanoamericano (aunque se lleva otras cosas, como la memoria de Victoria Ocampo, que se transfigura en delicada poesía). "Lo argentino" se le escapa, le parece una impostación, una mistificación, una copia. La gran ciudad tralona su pasado, está vacada de memoria histórica. Y en el campo, a donde finalmente lo transportan, después de mucha insistencia por su parte, llega al colmo del desencanto. No va a encontrar ni la "tapera" de Martín Fierro, ni araucanas descalzas con cascabeles de plata en las trenzas, ni ranchos de adobe perdidos en la inmensidad pampeana. Victoria, siempre preocupada por procurarle todas las comodidades, lo lleva a la estancia de unos amigos, los Martínez de Hoz.⁸ Era una construcción de estilo inglés, amueblada también a la

inglesa, con piezas de época, auténticas, que provocó la sorpresa de Tagore, y un disgusto que iba a expresar con sobriedad: "This house is full of unmeaning things", se limitó a decir, viendo duplicada, en la otra parte del globo, la sumisión y/o fascinación colonial de la que su propia patria deseaba liberarse. Pero ampliaría su dictamen negativo en conversaciones con Romain Rolland, publicadas más tarde y citadas, con desencanto, por la propia Victoria:

"La gente se ha enriquecido de repente, y no ha tenido tiempo de descubrir su alma. Es lastimoso ver su absoluta dependencia de Europa para sus pensamientos, que deben llegarles totalmente hechos. No les avergüenza enorgullecerse de cualquier moda que copian, o de la cultura que compran a aquel continente". (Ocampo 1961, 69)

La estancia en la mansión de los Martínez de Hoz incluye otros desencuentros: entre ellos la traducción de un poema que Tagore ha escrito en la casa, sobre un motivo pampeano. Victoria comprueba que la versión oral - traducción directa al inglés recitada *in situ* por Tagore - es muy superior a su versión final escrita, simplificada para occidentales, a los que el poeta aparentemente no juzga capaces de comprender ciertas sutilezas. Las heridas en su amor propio se profundizarán más tarde, en Miraflores, con la lectura de los apuntes del secretario de Tagore, Leonard K. Elmhirst, tomados durante la fiesta de Navidad⁹ (ese día Ocampo no está presente). La homilía del escritor indio no alcanza sólo a los occidentales en sentido amplio, sino, de manera concreta, a lo que ha visto en la Argentina: un país cuya clase alta, orgullosa de su riqueza y de su supuesta civilización, se entrega a gozos superficiales y vive dentro de una "prisión mental", sin verdadera libertad de espíritu (Kushari Dyson, 1988, 176-178).¹⁰ La andanada crítica había comenzado ya el 24 de diciembre (y esta vez Tagore se dirigió, en persona a Victoria). El poeta, que era también un educador y a esa tarea dedicaba, en Santiniketan, buena parte de sus afanes, le hace una serie de observaciones agudamente críticas acerca de la crianza de los niños de las clases dirigentes, y que sólo el libro de Kushari Dyson ha recogido. ¿Cómo podrán esos niños sentirse argentinos -se pregunta- si se los educa fuera del país y se los atiborra de libros? Tienen que conocer, ante todo, su propia tierra y para eso hay que enviarlos, ya adolescentes, a viajar por ella con mínimos

medios materiales, para que, como nuevos robinsones, aprendan a sobrevivir en la naturaleza, y a amar su territorio. Victoria, que años más tarde mostrará esa patria al mundo a través de *Sur*, tanto en la geografía como en sus creaciones estéticas, sin duda no habrá sido indiferente a estas palabras.¹¹

Keyserling y Frank: del desencanto a la liberación

En el filósofo Hermann von Keyserling (1880-1946), gran viajero que se propone elaborar una síntesis de Oriente y Occidente, confluyen quizá las más altas expectativas de Victoria Ocampo con el mayor de sus desencantos personales. El representante de la espiritualidad y la razón, con el que mantuvo primero una larga y apasionada relación epistolar basada en el entusiasmo intelectual, pronto se transforma para ella en algo así como el heredero de Gengis Khan. Su encuentro personal en Versalles con el fundador de la llamada Escuela de la Sabiduría de Darmstadt precipita a la mecenaz en la mayor consternación. Lejos de la continencia y del refinamiento que Victoria había admirado en Tagore, Keyserling aparece como una figura pantagruélica, con inmoderados apetitos en todos los terrenos, desde el gastronómico al erótico, donde no es correspondido por su antes fervorosa admiradora. La proclividad

del filósofo a convertir sus impresiones y sus personales resentimientos en la piedra fundadora de teorías filosóficas, se evidencia, para Victoria, en sus *Meditaciones Suramericanas*, de 1933, donde se atribuye a los nativos del Cono Sur la condición de hallarse sojuzgados por la "Irracionalidad" y la "gana", como criaturas pertenecientes a un mundo arcaico: el reino de los "reptiles", correspondiente al tercer día de la Creación. La imagen de Victoria, sugerida en una esfinge-medusa de "angosta cabecita", indigna a la damnificada. No iba a ser la última vez. Un extenso retrato (ahora ya explícito), ocuparía luego el último capítulo de las memorias del pensador tituladas *Viaje a través del tiempo*, insistiendo en el "telurismo", tanto de Victoria como de Sudamérica. La decepción tuvo un costado positivo: convencióla de que sus héroes tenían pies de barro, y de que estaba proyectando en ellos sus propias aspiraciones creativas.¹²

Luego del diálogo de sordos con Keyserling¹³, que se prolonga en refutaciones aun después de la muerte del filósofo, vendrá la amistad fructífera con Waldo Frank, un americano disidente del Imperio del Norte, que descrea de la religión del dinero, y, que fascinado por España y por Hispanoamérica, la embarca en la tarea de fundar una revista capaz de tender un puente entre ambas Américas. *Sur* cumplirá en parte esa función pero no será



Villa Ocampo, San Isidro

sólo eso. Victoria, que logra entablar con Waldo Frank una verdadera relación de pares, imprimirá a su obra la dirección que ella misma juzgue conveniente. Para 1936, *Sur*, que no sólo es una revista sino también una editorial, habrá publicado dos fundamentales ensayos suyos. En *La mujer y su expresión* (1936) defiende la especificidad (pero también la universalidad) de la expresión femenina, y señala la necesidad de romper el incesante monólogo varonil para ensanchar el testimonio literario de la experiencia humana. En *Supremacía del alma y de la sangre* (1935) aboga por otro derecho a la diferencia: el de América (sobre todo el de Sudamérica) con respecto al baluarte de la llamada "razón europea". Los sudamericanos, hombres y mujeres, tienen otros parámetros expresivos y desde otro contexto, lo cual no les impide el ejercicio del pensamiento. Su singularidad no los hace inferiores a los europeos; simplemente, los hace distintos.

También en 1936, Victoria Ocampo, junto con su gran amiga y co-fundadora de *Sur*, María Rosa Oliver (1898-1977), se comprometía en otra fundación reciente: la de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA), que luchó, con éxito, contra el gobierno conservador del entonces presidente Justo para impedir que las mujeres perdiesen el derecho de administrar sus bienes que les había sido concedido poco antes.¹⁴

Victoria Ocampo, denostada a menudo como "extranjera", sería sin embargo la gran promotora de una empresa de cultura de alcance continental, que no sólo daría a conocer los más prestigiosos autores europeos contemporáneos al público hispanoamericano, sino que difundiría hacia el exterior la obra de los argentinos y de otros escritores de Latinoamérica, en un ple de igualdad con los centros hegemónicos. Desde ella, asumió decididamente su posición como mujer escritora de este continente, y abrió camino a otras, proclamando el derecho no sólo al cuarto propio sino a la voz propia, que su monumental revista ayudó a expresar y a consolidar.



Bibliografía

- CALVERA Leonor *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Bs. As., Grupo Editor Latinoamericano, 1990.
- KEYSERLING Conde Hermann von *Meditaciones Suramericanas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torre.
- KEYSERLING Conde Hermann von *Viaje a través del tiempo. I. Origen y desarrollo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1949. Traducción de J. Rovira Armengol.
- KEYSERLING Conde Hermann von *Viaje a través del tiempo. II. La aventura del alma*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951. Traducción de J. Rovira Armengol.
- KUSHARI DYSON Ketaki *In Your Blossoming Flower Garden, Rabindranath Tagore and Victoria Ocampo*, Delhi, Sahitya Akademi, 1988.
- LOJO María Rosa "Victoria Ocampo: un duelo con la sombra del viajero" en *Alba de América*, n.ºs. 43 y 44, Vol. 23, (julio), pp. 151-165, 2004a.
- LOJO María Rosa *Las libras del Sur*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004b.
- MANSILLA Lucio V. *Entre Nos: Causas del Juicio* (1ª ed. 1889-1890). Prólogo de Juan Carlos Ghiano. Colección "El pasado Argentino". Ed. Gregorio Weinberg, Buenos Aires, Hachette, 1963.
- MEYER Doris *Victoria Ocampo. Against the Wind and the Tide*, New York, George Braziller, 1973.
- OCAMPO Victoria *Supremacía del alma y de la sangre*, Buenos Aires, Sur, 1935.
- OCAMPO Victoria *La mujer y su expresión*, Buenos Aires, Sur, 1936.
- OCAMPO Victoria *El viajero y una de sus sombras. Keyserling en mis memorias*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
- OCAMPO Victoria *Tagore en las Barrancas de San Isidro*, Buenos Aires, Sur, 1961.
- OCAMPO Victoria "Palabras francesas", *Testimonios. Primera serie/1920-1934*, Buenos Aires, Ediciones Fundación Sur, pp. 15-32, 1981.
- OCAMPO Victoria *Virginia Woolf en su diario* (1ª ed. 1974), Buenos Aires, Sur, 1982.
- OLIVER María Rosa *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
- VÁZQUEZ María Esther *Borges, esplendor y derrota*, Buenos Aires, Tusquets, 1966.
- VÁZQUEZ María Esther *Victoria Ocampo. El mundo como destino*, Buenos Aires, Seix Barral, 2002.

Notas

- ¹ La *Autobiografía* de Victoria Ocampo, los diarios de Delfina Bunge (publicados por su nieta Lucía Gálvez) han dejado testimonio de las limitaciones de ese dorado gineceo, aun en las familias más cultas y volcadas hacia el cultivo de las artes y las ciencias, como la de Bunge.
- ² La clase alta argentina (sobre todo la portañá) de la época, alimenta un decidido desdén por la

cultura española: "En nuestro caso debemos de tener en cuenta, por añadidura, una especie de desdén latente hacia lo que venía de España [...]. Además, debido a otro fenómeno, que sería curioso analizar, nos volvíamos al francés por repugnancia a la afectación. La penuria del español que aceptábamos nos lo tornaba imposible. Rechazábamos su riqueza; rechazábamos esa riqueza como una cursilería." (Ocampo 1981, 29). Ver también en este sentido, el testimonio de María Rosa Oliver, perteneciente al mismo grupo social "[...] descubrí la literatura francesa antes que la española (aunque aprendí versos del *Martín Fierro* y del *Fausto* de Estanislao del Campo al mismo tiempo que los mandamientos de la ley de Dios) porque pertenecía a un sector social influido por el liberalismo de los enciclopedistas y formado por él,..." "Sólo cuando ya estaba mentalmente formada pude apreciar a Cervantes (¡y cómo!), a Quevedo, Lope, Calderón, y entonces lamenté no haberlos leído antes. No haber descubierto antes el esplendor y la fuerza del idioma que me había tocado en suerte hablar..." (Oliver 1970, 336).

³ "Muchos de nosotros empleábamos el español como esos viajeros que quieren aprender ciertas palabras en la lengua del país por donde viajan, porque esas palabras les son útiles para sacarlos de apuros en el hotel, en la estación y en los comercios, pero no pasan de ahí." (Ocampo 1981, 28)

⁴ El estado de la educación femenina en las clases altas fue admirablemente descrito en la novela *Stella* (1905) de Emma de la Barra de Los Llanos, que la firmó con el seudónimo de César Duayen. La vacuidad y el hastío de las señoritas argentinas contrastan con la energía y la sólida formación de Alexis, hija de una argentina y de un científico escandinavo, que ha hecho estudios académicos, y que no es comprendida por las mujeres de su familia materna.

⁵ Había dicho Lucio: "no hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española; porque es tan clara y tan precisa como la lengua inglesa, y tan armoniosa y tan bella como el mismo italiano. La primera vez que yo dije 'Te amo' fue en esta lengua" (Mansilla, Lucio V. 1963, 485).

⁶ Otro modelo femenino muy valioso para Victoria Ocampo fue la educadora española María de Maeztu, a la que conoció en 1926 y a la que admiraba especialmente por sus dotes oratorias. Después de Ortega, Maeztu le demuestra que no sólo se puede pensar en castellano, sino en castellano y en femenino. (Vázquez 2002, 129-130).

⁷ La estadía de Tagore en la Argentina ha sido registrada y analizada, en sus mínimos detalles documentados, por el libro *In your Blossoming Flower Garden* (Ketaki Kushari Dyson, 1988) cuya autora tuvo acceso no sólo a las fuentes de información argentinas, sino al archivo de Tagore en Santiniketan.

⁸ No está probado si Tagore conoció o no alguna otra estancia, como la de Ricardo Güiraldes, y

probablemente a Don Segundo Ramírez, el modelo inspirador de Don Segundo Sombra. Kushari Dyson (1988, 136) señala que no ha quedado documentación de ello por parte del secretario de Tagore. Resulta difícil que Tagore se interesara en conocer a Don Segundo, como lo señala indirectamente un testimonio de Borges recogido por María Esther Vázquez (1996, 96) porque la novela que le daría a Güiraldes fama internacional apareció en 1926, después de la visita del poeta. Si se sabe, a través de Victoria Ocampo, que conoció a Güiraldes en Buenos Aires y que disfrutó su diestra ejecución, en guitarra, de piezas criollas.

⁹ Victoria no los acompañaba. Comparte las navidades con su familia, que no se mostró demasiado propicia al trato con el poeta. Es de presumir, apunta Kushari Dyson, que la exclusión de Tagore del círculo íntimo de Victoria por aquellos días, lo haya molestado profundamente (1988, 179-180) y le haya parecido, por lo demás, incompatible con el mismo espíritu cristiano de la festividad.

¹⁰ Las críticas puntuales al modo argentino de vida no aparecen en un artículo alusivo de *La Nación* (27 de diciembre de 1925) donde se da, de un modo impersonal, una versión muy suavizada y maquillada de los apuntes de Elmhirst. Tampoco aparecen en un texto de Victoria Ocampo: "La Navidad de Tagore en Punta Chica", de 1961 (Kushari Dyson 1988, 181)

¹¹ Paradójicamente, por ser fiel a su descubierta vocación americanista, Victoria renuncia a un viaje con Tagore en Inglaterra (Oxford) pues tiene una cita ya concertada con Waldo Frank en New York para hablar de la futura revista *Sur*, de modo que se abrazan por última vez en la Gare du Nord de París, en 1930 (Ocampo 1961, 98-99).

¹² Así, dice Doris Meyer: "It forced her to recognize her tendency to heroworship for what it was: a projection of her own creative aspirations". (1979, 90)

¹³ He analizado esta complicada, y por momentos grotesca, relación, en un ensayo (Lojo 2004a) y una novela (*Las libras del Sur*, Lojo 2004b). Victoria Ocampo, luego de la muerte del filósofo y la publicación de las memorias de éste se sintió compelida a publicar su propio descargo (Ocampo 1951).

¹⁴ La UMA fue fundada en 1936 por Susana Larguía y María Rosa Oliver. Victoria Ocampo fue elegida como su presidenta. Esta asociación aglutinó a mujeres de todas las clases sociales y se propuso como primer objetivo la defensa de los derechos civiles y políticos de la mujer. (Vázquez 2002, 185-186; Calvera 1990, 25).

María Rosa Lojo
Escritora. Investigadora Principal
del CONICET, UBA-USAL